

Querida Elisa, que-
ridos todos:

Os mando este artículo -
- carta - que no hace mu-
cho escribí como recuer-
do a vuestro padre, mi
maestro y amigo.

Podéis hacer el uso que
queráis de él.

Os sigo queriendo y res-
petando.

Atj
Andrés C. Bermejo

C/ NORTE N.º 1 1.º 17

47007 Valladolid



CARTA A DON MIGUEL

Hola, Miguel:

Soy el maestro de las cartas de los niños, el de los "PEQUEÑOS RELATOS, GRANDES RECUERDOS", el de las poesías infantiles. El otro día oí a uno de tus hijos y me alegré que estuvieran todos contigo, en tu casa, como tú querías; y que tu último sueño fuera apacible. Yo también estuve haciendo cola en la Plaza Mayor para saludarte, como uno más, como siempre. ¡Cuánta gente, verdad!

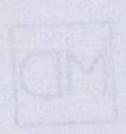
Hoy ha salido el sol por aquello que tú bien sabes: "mañanitas de niebla, tardes de paseo" No hace mucho tiempo tuve el privilegio y el exclusivo honor de dar un paseo cogido de tu venerable brazo por el Paseo de Zorrilla y el Campo Grande. Estoy en la plaza de la Fuente de la Fama, sentado en uno de los bancos donde tú, engolosinado, mirabas en otros tiempos a M^a Ángeles y me he puesto a charlar con un chico y dos personas mayores. Hablamos bajito, como para el cuello de la camisa, de tus escritos, de tu vida de castellano legal. Luego, llegó su novia. Se llamaba también Ángeles; ¡qué cosas! Era delicada, esbelta, de cintura de avispa, de ojos chispeantes y mirar sereno, de sonrosada piel sin tapujos, de labios cálidos para susurrar amores y cuentos y dibujos y novelas; como un sueño. Toma Miguel, dijo; y sacó una lozana rosa roja de la mochila, le insinuó un leve beso y la dejó suavemente en la mano del espigado muchacho. Me sentí atosigado, así... como un poco mohíno; ¡mira que llamarse Miguel! Quise preguntarles algo, pero me callé. La chica, sin dejar de mirarle dulcemente, fue mostrándole libros, cuartillas manuscritas, plumas estilográficas, periódicos, caricaturas, títulos, premios; y hasta una caña de pescar, un cartucho, una visera y una cazadora.

CRATA A DON MIGUEL

Miguel Miguel

Hay el mundo de las cartas de los niños, el de los "PEQUEÑOS RELATOS",
"GRANDES RECUERDOS", el de las poesías infantiles. El otro día de a uno de
los niños y me alegro que estuvieran todos contigo, en el caso, como tú
quieres y que su último sueño fuera apacible. Yo también estoy hablando
con la Plaza Mayor para saludarte, como una vez, como siempre.
(Carta a José, vereda)

Hay no sé si el sol por novella que tú bien sabes, "manejadas de noche",
tarde de tarde, "no necesito tiempo para el privilegio y el exclusivo
de la vida, es como de tu ventura, no por el lado de
carta y el campo grande. Estoy en la plaza de la Fuente de la Fontana,
sentado en uno de los bancos donde tú, enojado, estás en una
banca a M. Ángeles y me ha pasado a hablar con un chico y dos
personas mayores. Han sido bellas, como para el cuento de la cama, de
los escritores de la vida de castaño legal, luego, llegó su vez. Se
llama también Ángeles, que coral. Es delgada, esbelta, de cintura de
avida, de ojos grandes y mirar sereno, de sonrisa que sin bajar
de labios como para susurrar amores y cuentos y dibujos y novelas
como un sueño. Te lo Miguel, hijo, y sé que una locura rosa rosa de la
mechita, le ha ido en leve paso y le dejó suavemente en la mano del
espigado machacho. Me sentí estrogado, así, como un poco molino,
fina que llamarse Miguel. Que preguntas algo, pero me callé. La
chica, sin dejar de mirarme dulcemente, fue mostrando libros, cartillas,
manuscritos, plumas estilográficas, periódicos, caricaturas, fotos,
prensos, y hasta una caja de pescar, un cachucho, una visera y una
cazadora.



Aquella mochila parecía un manantial inagotable de tus cosas y de tu vida.

Miguel la miraba pícaramente y sonreía mientras un pavo real extendía su vistosa cola queriendo cortejar a la hembra. Me levanté del banco un poco atolondrado y me senté en el de enfrente sin decir ni esta boca es mía; creo que tú hubieras hecho lo mismo.

Al cabo de un rato, Ángeles y Miguel, cogidos de la mano, se perdieron por el Paseo de los Castaños. Ni una mirada hacia atrás. Les llamé para que recogieran las cosas, pero nada.

Haciendo cábalas se me fue el tiempo. Me levanté medio sonámbulo y me acerqué al banco donde habían estado los chicos. Solo quedaba una lozana rosa roja y una fotografía gigantesca de Valladolid con tu retrato en el medio. Debajo, a pie de foto, ponía con letras de oro: siempre te hemos querido, te queremos y nunca; ¡pero nunca!, nunca te dejaremos de querer.

¡Qué cosas tiene el Campo Grande! verdad, Miguel.

Un abrazo grande.

Andrés C. Bermejo



Ante ella mechaba parcos un resaca del iragotillo de las cosas y de su vida
Miguel la miraba picadamente y sonreía mientras un pájaro azul se elevaba en
vuelo colgado de un rama. Me levante del banco y me acerque a la ventana
y me senté en el de enfrente sin darme cuenta de que en esta época se está
creo que en tu vida; hecho lo mismo.

Al cabo de un rato, Angéles y Miguel, corridos de la mano, se pararon por
el Paseo de los Castaños. Ni una mirada hacia atrás, las llamas que
recorren las cosas, pero nada.

El tiempo cuando se me fue el tiempo. Me levante medio dormido y me
acorde al banco donde habían estado los chicos. Solo quedaba una
lozana rosa roja y una fotografía gigante de Vázquez. Como el resto de
el resto. Dejo a pie de foto, como en la foto de oro, como en la foto
de oro. Los recuerdos y como todo el mundo, nunca se olvidan de
otras.

Los cosas de un campo grande, Miguel.

Un estado grande.

Andrés C. Bermejo

